

Es-Sahili, sospechoso de homicidio

La vida del poeta y arquitecto Abu Ishaq es-Sahili, alias al-Tuwayyin, estuvo ligada a su Granada natal y a su tierra de adopción, el Imperio de Malí durante la primera mitad del siglo XIV. En los textos que dan cuenta de su peripecia vital en la curva del río Níger, la información referente a su persona aparece siempre relacionada con el emperador de mayor proyección histórica de la estirpe de Sundiata Keita, Mansa Kankú Musa; quien había contratado al granadino durante la peregrinación a La Meca, para hacerle viajar a Malí con objeto de emular el lujo y la suntuosidad de los sultanes árabes por medio del desarrollo de una arquitectura monumental. En este caso no trataremos ni la obra poética ni las características edificaciones de al-Tuwayyin, sino que haremos alusión a un asunto oscuro escasamente mencionado, que ensombreció injustamente su merecido prestigio durante los últimos años de vejez: la sospecha de homicidio del financiero alejandrino Siray al-Din b. al Kuwaik, mientras cenaba en su casa de Tombuctú.

Tanto el *Tarick al-Fettash* de Mahmud Kati como el *Masalik el-absar fir mamalik el-ansar* de B. Fadl Allah al-Umari dan cuenta de la célebre peregrinación de Mansa Musa a los lugares santos del islam en Arabia y su paso por El Cairo y Alejandría; viaje que terminó por situarle en el imaginario colectivo no solo de la Umma, sino también del mundo cristiano mediterráneo, hasta el punto de que su comportamiento actualizó la leyenda áurea creada en torno a la enorme riqueza de los reinos sudaneses. El análisis químico de las acuñaciones cordobesas durante el emirato y el califato confirma que aquel oro procedía de las minas de Bambuk y Burée, en las altas mesetas de Futa Djalón, donde nacen los cursos fluviales de África Occidental. Mahmud Kati y al-Umari nos ofrecen los datos que convirtieron a Mansa Musa en un monarca internacionalmente conocido a causa del fabuloso cargamento que, a lomos de camello, llevó consigo para impresionar y cultivar el prestigio de su persona y así conseguir una mayor imbricación de su imperio en el seno de la comunidad musulmana. Podemos dar por hecho histórico que Musa fue extremadamente pródigo y desmesurado en el desembolso que hizo del preciado metal, por medio de regalos, donativos, inversiones y adquisiciones. Al-Umari da cuenta de la ostentación de que hizo gala en El Cairo el soberano de Malí con su fastuosa caravana, doce años después de los hechos, cuando todavía los cairotas le parecieron “deseosos de narrar todo cuanto sabían y habían visto sobre los prodigiosos gastos del africano”. Mansa Musa introdujo tanto oro en el mercado que, aun doce años después, el precio continuaba devaluado cerca de un trece por ciento.

Parece evidente que el cálculo del presupuesto dedicado a ostentación fue insuficiente, o tal vez realmente podamos considerarle derrochador. Cuando llegó el día de tomar el camino de regreso, tras haber paseado por Medina y La Meca con el mismo volumen de desembolso, el emperador y su séquito carecían de efectivo. Y aquí es donde entra en escena Abú Ishaq es-Sahili. Habiendo partido de Granada, el poeta deambulaba por Oriente Medio, Persia y Arabia, cuando en Medina conoció al asombroso rey de los negros. A estas alturas, la fama de ambos les precedía. Allí entró bajo su órbita y ya nunca se apartaría de sus iniciativas. En su séquito y compañía visitó La Meca y cumplieron con el *Hadj*, según cuenta Mahmud Kati, asistiendo al contrato de construcción de un alojamiento permanente, *fondug*, para los sudaneses en peregrinación y al desorbitado fichaje de unos cuantos jerifes, musulmanes de rancio abolengo, para en lo posible asegurar la ortodoxia en la cuenca del río Níger. Y allí en Arabia posiblemente al-Tuwayyin conoció los límites presupuestarios del monarca, puesto que, emprendido el regreso, la comitiva se instaló en los jardines de su mecenas Siray al-Din b. al Kuwaik, un opulento comerciante de Alejandría, promotor de las artes y la poesía, dispuesto a otorgar préstamo a quien le ofreciera garantía.

El hecho fue que, transcurridos unos meses bajo el hospedaje de al-Kuwaik, en 1325 la caravana de Mansa Musa tomaba la ruta del Fezzán en dirección a Tombuctú con los serones llenos de manuscritos, un grupo de jerifes y ulemas de comprobada ortodoxia, un brillante poeta andalusí y un contable designado por el prestamista, que viajaría con objeto de cobrar la deuda y regresar a Alejandría. El resto del asunto aparece reflejado en la *Rihla* de Ibn Batuta, relación de viajes que tuvo gran aceptación en su tiempo, siendo numerosas veces duplicada a manos de los copistas. El tangerino inspeccionó el imperio de Malí como espía del sultán merinida Abú Inan entre 1352 y 1353, es decir, veinte y siete años después de la peregrinación de Mansa Musa y siete años después del fallecimiento del arquitecto granadino, en torno a 1346. Su designación se debía al hecho de que

Ibn Batuta había previamente viajado por todo el oriente y las costas índicas, demostrando sus cualidades como observador e informador. Pero dejémosle hablar conforme se dirige hacia el puerto caravanero, para introducirnos en el peliagudo asunto que nos ocupa:

Luego continuamos hacia Tombuctú [...] En este lugar se halla la tumba del señero poeta Abu Ishaq es-Sahili, el Granadino, conocido en su patria chica por Al-Tuwayyin. También está allí sepultado Siray al-Din ben al-Kuwaik, comerciante muy principal y alejandrino de nación. [...] Cuando el sultán Mansa Musa cumplió la peregrinación acampó en un huerto perteneciente a este Siray al-Din [...]. El rey negro tuvo necesidad de dinero y tomó prestado de Siray al-Din, al tiempo que también lo pedían sus comandantes. Siray al-Din despachó con ellos a su representante para que cobrase los dineros que se le debían, pero este último se afincó en Malí y hubo el mismo Siray al-Din de ponerse en camino para hacer efectiva la suma. Con él iba un hijo suyo. Al llegar a Tombuctú le hospedó Abu Ishaq es-Sahili, pero su muerte estaba predestinada y aquella noche falleció. El vulgo habló mucho de esto, con la sospecha de que hubiera sido envenenado...

La atribución de la muerte de al-Kuwaik a es-Sahili deslucía la fama literaria del consagrado poeta a todo lo largo de la Umma, incluso después de un par de lustros. La habladuría debía ser recurrente entre los corrillos populares, en especial en Alejandría, por donde había pasado el tangerino. No así en los círculos empresariales y financieros, donde debían estar bien al tanto de lo ocurrido. El contable enviado por Siray al-Din al-Kuwaik nunca regresó con el oro, de manera que él mismo partió en compañía de su hijo con objeto de satisfacer la deuda y, en efecto, murió cierta noche en Tombuctú mientras cenaba en casa de es-Sahili, donde estaba alojado. Al juicio de maledicentes, en repentina y extraña circunstancia, lo que despertó la suspicacia de muchos. Su hijo, que sí regresó, era el único que podía desmentir tan injusta acusación. Conociendo tanto la verdad de lo ocurrido en Tombuctú o tal vez en Alejandría, como el chisme popular y la habladuría, Ibn Batuta pudo ponderar la injusta sospecha de homicidio que probablemente hubiera empañado la fama literaria del difunto es-Sahili para siempre; y años más tarde, al dar cuenta de sus averiguaciones al sultán Abu Inan, se puso a dictar sus memorias de viaje y recordó; y tal vez se sintió en la obligación de exponer la verdad y terminar con las habladurías. Para ello, tras narrar su viaje por la corte de Niani, Djenné y el río Níger, al llegar a Tombuctú incluyó en la *Rihla* un homenaje al lugar de descanso del grandísimo poeta y alarife, bajo el alminar de su gran mezquita, aprovechando la ocasión para restituir por completo su prestigio. El fragmento reproducido de la *Rihla* continúa diciendo:

El vulgo habló mucho de esto, con la sospecha de que hubiera sido envenenado, pero el hijo manifestó: “comí con él la misma comida exactamente, si hubiera estado envenenada nos habría matado a ambos, más bien el fin de sus días estaba decretado”. El hijo percibió sus dineros y marchó a tierra de Egipto.

La deuda de Kankú Musa quedó satisfecha, de eso no debía quedar duda. Con este gesto de reconocimiento hacia es-Sahili, Ibn Batuta logró borrar todas las sospechas que pesaban sobre él, principalmente a causa del gran éxito que desde entonces tuvo la *Rihla*, quedando así el incidente de la muerte de al-Kuwaik y la sospecha de homicidio como uno de esos episodios curiosos y apasionantes que ofrecen los libros antiguos, tan al gusto de los historiadores. De cualquier forma, el desmentido se redactó diez años después de su fallecimiento y fue difundiendo en los decenios posteriores al ritmo de los copistas. Aunque en Tombuctú se conociera la verdad, es-Sahili falleció bajo el abrumador peso de la sospecha.

Luis Temboury
Málaga, oct. 2019
Mini conferencia emitida
con ocasión de la noche sahiliana
Fondo Katj, Granada, 2019